

MARCA
REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Santa Isabel, 45. Apartado 547.—Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana a 4 tarde

SUMARIO

- ANTONIO DE LEZAMA
Sección vermouth.
- F. VILLEGAS ESTRADA
De la Bombilla.
- ALEJANDRO HEPPE
Intervalo de un deseo.
- ANGEL G. LUGEA
Ante ti.
- ALEJANDRO CAPUS
Un nuevo record.
- F. DE LA ESCALERA
Dos naufragios.
- J. F. LUJÁN
La risa del diablo.
- A. FERNÁNDEZ PERALES
La última cita.
- PACO MATEOS y TINO
Varios dibujos y retrato de
«Rosaida».

CARAS

BONITAS

ROSAIDA



5 cénts.

Hermosa canzonetista que actúa con gran éxito en el Teatro Romea. Es guapísima, lectores, y cuando acaba de cantar y desaparece por la segunda caja, da gana de llamarla á voces: ¡¡Guapa!!



Una mujer por dos pesetas.

Andrés Makolin es uno de los más apreciables frescos que han visto la luz del sol en el imperio de Nicolás II. Andrés Makolin, además de muy poca vergüenza —¡conste que le reconocemos alguna!—, además de muy poca vergüenza, repito, tiene, ó, por mejor decir, tenía una mujer llamada Daría, y un amigo, cuya cédula personal, si es que en Rusia se usa ese documento, está extendida á nombre de Sergio Bobrinef.

BUSCANDO CASA



— ... Todo eso le tiene sin cuidado al casero. La cuestión es que ande usted bien de dinero, y tenga siempre corriente el mes.

—Pues, gracias á Dios, por ahora no me falta.

Hasta aquí nada tiene la historia de particular, porque es imposible encontrar cosa más verosímil y humana que un marido que, además de las caricias de una mujer, posee el afecto de un amigo. También entra en los límites de lo verosímil que la mujer y el amigo se pongan de acuerdo para pegársela al marido, y nada tiene de maravilloso y extraordinario que el esposo, sufrido ó gozoso, tolere el engaño y haga la vista gorda.

Puestos en el terreno de las hipótesis, cabe admitir que haya hombres capaces de constituir un *ménage à trois* y, llevando las cosas al último extremo, que exploten á la mujer y la vendan por un puñado de billetes, de oro, de plata ó de calderilla, según la posición social del cornudo y de los adúlteros.

Pero lo que no cabe en cabeza humana, aunque esa cabeza sea la del doctor Bombarda, que es la cabeza más comprensiva que conozco, lo que se sale de lo vulgar para caer de lleno en lo increíble, es que un ciudadano, por muy moscovita que sea, venda á su esposa por medio rublo, que son dos pesetas mal contadas, y que, además, lo haga constar en un acta.

Para encontrar sujetos tan desaprensivos como Andrés Makolin, no hay necesidad de hacer una caminata tan larga como la de ir á Rusia, porque por estas latitudes los hay con la manga más ancha que la de una parroquia, y que en eso de frescura son muy capaces de fabricar sorbetes con el aliento; pero tan idiotas como el señor Makolin, no se topa uno, aunque se busque con candil.

Por aquí, los maridos desaprensivos tienen la habilidad de hacer como que no se enteran, y aun existen algunos que adoptan la terrible catadura del hombre bravo y del más feroz y celoso de los Otelos.

—¿Mi marido? ¡Oh; mi marido es una fiera y, si supiese que le engañaba, se pondría como un toro! —me decía, no hace mucho, una señora, casada con un cesante, que fuma —el cesante— cigarrillos de

0,80, se pasa la vida en el café ó el teatro, y hasta para comprar cerillas saca billetes de cien pesetas.

De otro Minotauro sé que le pedí adinero prestado á un su amigo, y le invitaba á cenar en su casa, rogándole que le disculpase con su mujer, por no poder asistir al convite; y de un señor, casado con una hermosa y casquivana mujer, se dice que, estando de visita un galanteador de su esposa, descompuso la luz eléctrica y dejó á obscuras á la pareja, advirtiendo á la dama que no se alarmase si tardaba, porque la fábrica de luz eléctrica estaba algo lejos.

Tres ó cuatro horas después volvía el buen señor, y, un poco azorado, le decía al ojeroso amigo que la Compañía productora del fluido le exigía 250 pesetas de indemnización por la avería que había sufrido la instalación.

¿Para qué seguir? De fijo que todos nuestros lectores saben de algún caso extraño de infidelidad conyugal, llevada á ciencia y paciencia del desventurado marido, que, merced á su tolerancia, disfruta de comedididades, alcanza pingües destinos ó, simplemente, ve satisfecha su vanidad con el brillo de alguna venera ó la bambolla de una corona que dé más prestancia á su adornada testa.

Lo que ninguno podrá citar es un ejemplo como el que da Andrés Makolín.

¡Vender á su mujer por dos pesetas y levantar acta de ello!

Preciso es, para una venta á tan bajo precio y su constancia en documento solemne, que la finca estuviese en tal forma ruinosa, que para Makolín fuese una carga abrumadora; pero ¿cómo la compró, en tal caso, Sergio Bobrinef, y se avino á alimantar, cuidar y dar albergue á Daria? ¿No pudo alquilarla, y le hubiese salido más barato?

Para un negocio como éste es menester que estuviesen borrachos los tres que intervinieron, y es de desear que no cunda el ejemplo, porque si no, ya estoy viendo las muchas transacciones que, parecidas á éstas, se van á llevar á efecto, y hasta es muy probable que, en la sección de anuncios económicos de algún rotativo, leamos algo así:

«Por liquidación negocio vendo esposa rubia, veintiséis años, dentadura completa, algo bizca, en 6,50. Rebaja importante, llevándose su negra y cuñada. Lista Co reos, cédula 99.8...»

Y se harán negocios y hasta habrá vendedor de tanta conciencia mercantil que,

DEL PASEO



—Oiga, joven: ¿ese ósculo ha sido de «paz»?

—No, padre. Ese ha sido mío; el de Paz fué el anterior.

al igual de los meloneros, dará el género á cata y á cala.

¡Oh, Mercurio; tú vencerás á Cupido! Por de pronto, se dice que, gracias á tí, padece de estomatitis.

ANTONIO DE LEZAMA

De la Bombilla.

Es un ventorro clásico. La luna ilumina el jardín. Un organillo; chillón y sinuoso pone una música de Arlequín. Lejos, un grillo hila su monorritmo, y en la noche blanca, vaga un misterio de aventura. A ratos se oye el cascabel de un coche de alquiler, que se pierde en la espesura.

Suena tu risa de cristal, tu loca risa de tentación, que me evoca la novela-milagro de tu vida.

Y tras la tosca, vieja empalizada, al pie del merendero, la riada del Manzanares, viene de crecida.

F. VILLEGAS ESTRADA

INTERVALO DE UN DESEO

Hacia una hora que estaban juntos, y sólo se habían ocupado de su cariño, dentro de aquel lindo *cupé* que, ocultándoles á las miradas indiscretas, les paseaba por el Bosque. Dejaron atrás Longchamps y las frescas orillas del Sena, que se deslizaba reluciendo y murmurando entre la hierba de sus ribazos; y el *cupé*, alquilado en el círculo, entró en el camino descubierto, donde únicamente su brillante y ligera caja podía protegerles del calor abrasador del día.

La seda de las corridas cortinas se hincha como una vela en las ventanillas, mostrándoles por sus flancos, ya un trozo de cielo, ya un mazo de verdura, ya la silueta sudorosa de algún transeunte sofocado. Nada existía para ellos en aquel instante: habían olvidado por completo la tierra. No oyeron las carcajadas de algunas nodrizas, sentadas en bancos de piedra bajo las acacias; ni se preocuparon de los carruajes que al lado del *cupé* pasaron al trote; ni se fijaron en las dragas que,

produciendo un ruido estúpido, limpiaban el río; ni notaron las miradas maliciosas de los que les veían pasar. El *cupé*, al rodar, semejava un punto negro bajo el sol ardiente, seguía al paso, reposado y grave, hacia el horizonte limitado por colinas.

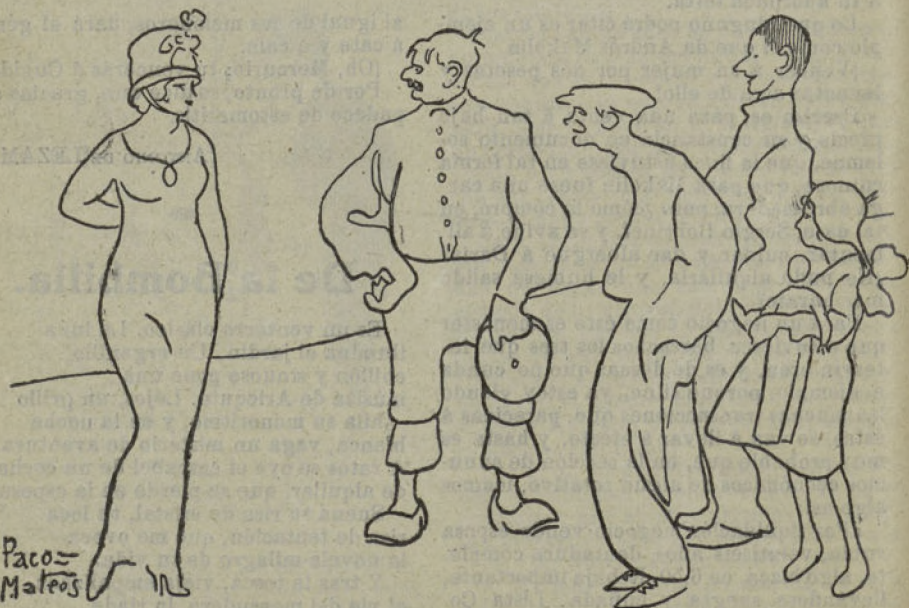
El hablaba en voz baja, cual si temiese que le espíasen; ella, apoyada en su brazo, con sus negros cabellos un poco despeinados, miraba á su amante y le escuchaba con aire dichoso.

Sentían necesidad de confiarse hasta sus más íntimos sentimientos y de fusionar sus almas. Su conversación, empero, era una conversación balbuciente, entrecortada por suspiros: sólo había elocuencia en sus ojos y expresión en sus manos, que se entrelazaban con ansia preñada de deseos mal contenidos.

Por dos veces, muy cerca ya de París, el *cupé* había retrocedido... ¡Y, sin embargo, era preciso separarse!

El depositó en sus labios un beso de

EN EL CORTIJO



—¿Y dice usted, señorica, que me trae algo para ayudarme á ir tirando, con tanta familia como tengo?

—Sí, y para que no tengas más.

despedida, después de un solemne juramento. «¡Adiós!» la dijo. Pero entonces un sentimiento ardiente les aproximó de nuevo... ¡No había remedio!

El conoció todo el valor de aquella hora, por ella hurtada con tanto ingenio y desperdiciada neciamente por él; reflexionó que quizá no se presentara ya otra ocasión, y que la alegría, la felicidad de la vida estaban allí á su lado, y sólo tenía que alargar la mano para cogerla; y acercándose más á su amada, que le sonreía como sonríe el presente venturoso, la abrazó con ansia.

Estaba decidido, sí.

Ella le ofrecía más con su actitud, con su silencio, que con sus palabras.

De pronto, levanta las cortinas y se asoma á la ventanilla. Los ruidos de la vida que se agita á su alrededor, la brisa suave que acaricia su rostro, le vuelven á la realidad, y da una orden al cochero.

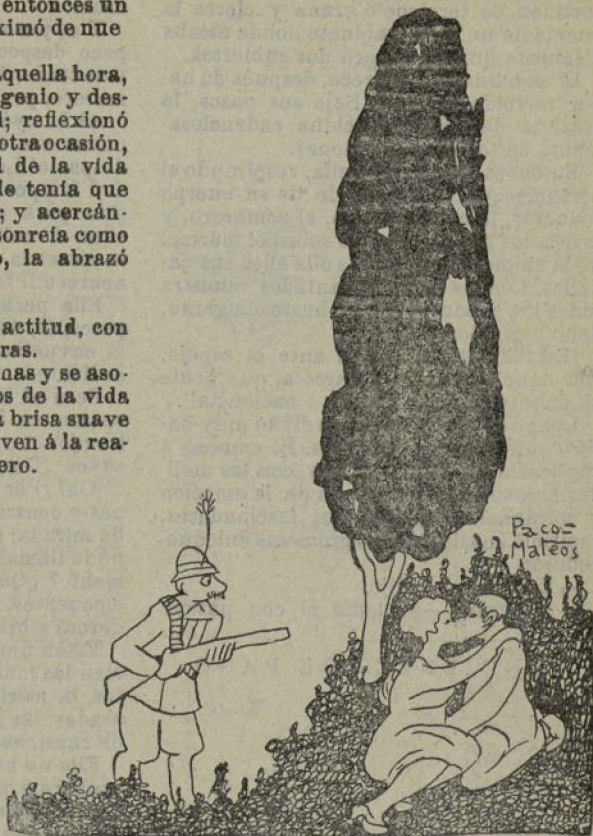
El *cupé*, esta vez, partió derecho y sin vacilaciones, como para una carrera fija y decisiva. Y en tanto que rodaba hacia Boloña y Saint Cloud, mostrando su mirilla guateada á la ciudad indiscreta, en sus dos rincones ardían impacencias mu tuas y se oían dulces súplicas... embriagadoras promesas...

¿No llegaría nunca? Dentro del *cupé* sus corazones latían exacerbados por el deseo. ¡Ah! ¡Si por un milagro sus tapizados testers hubiesen podido ensancharse, desaparecer, dejándole espacio suficiente para estar como él hubiese querido!...

¡Qué delicia haber podido tenderse á lo largo un momento sobre los almohadones de raso, un segundo nada más!... El la mira y lee este mismo deseo en la mirada chispeante de sus ojos negros. Pero como él tenía un espíritu superior y era más experto en el arte de vivir, las mismas contrariedades que le impedían entregarse en seguida á la satisfacción de sus deseos, le proporcionaron un goce acre, ardiente, intenso: el placer que proporciona la seguridad de que la dicha que se espera está destinada para nosotros, y nada puede arrebatárnosla.

Al salir del Bosque, el coche se detuvo

DE LOS PARQUES



—¡Eh! ¡Alto! Quedan ustedes detenidos.

—No, señor guarda; no nos haga usted detenernos, porque ahí, al lado del árbol, le hemos dejado cinco pesetas.

en una plaza cuadrada, ante las cerradas ventanas de un *restaurant* célebre. En el jardín, en mangas de camisa, un camarero lavaba minuciosamente unas lechugas romanas.

Subieron al principal muy deprisa. El, delante, la conducía de la mano como para no deshacer el encanto que les había unido, y como si con el apresuramiento quisiese mitigar el pesar de arrastrarla á aquellos lugares. Ella, sorprendida por el encanto de aquella escapatoria, se dejaba conducir dócilmente: aún no había gustado todo el placer desconocido, misterioso, de estas aventuras ilícitas.

Tras ellos, el mozo deja caer el pesado cortinón de terciopelo grana y cierra la puerta de un gran gabinete donde estaba dispuesta una mesa para dos cubiertos.

El camarero desaparece, después de haber recibido órdenes. Bajo sus pasos, la escalera de madera rechina cadenciosamente en todos sus escaños.

Entonces, de pie tras ella, respirando el perfume que se desprende de su cuerpo seductor, la quita el velo, el sombrero, y arroja los alfileres de oro sobre el mármol de la chimenea, mientras ella alisa sus cabellos. Con los brazos levantados, muestra todos los encantos de su busto elegante, lleno y gracioso.

¡Estaba muy hermosa ante el espejo, con aquella sonrisa picaresca, que pedía al amante un poco más de .. paciencia!

Luego se sentaron en un diván muy bajito, ante los dos cubiertos. El empezó á suplicarla de nuevo, y ella, con las mejillas arreboladas por el rosa de la emoción y mirándole con sus ojos fascinadores, repitióle en silencio sus promesas enloquecedoras.

—Espera... —le dijo.

—¡Esperar! —exclamó él con pasión.

PENDIENTES DE PAGO



—Pues yo, para corresponder á tu amabilidad, te regalaría unos pendientes; pero con el tiempo que hace que no los usas, se te habrá cerrado el agujero...

—Por eso, no. Vengan los pendientes. ¡Casualmente, cuanto más tiempo pasa, más se me abre!

—Oh, mi bien amada! Esa dilación es muy cruel.

Y se puso á pasear por el gabinete, un poco despechado y meditando vengarse más tarde, á la hora de la propina, del camarero, por la lentitud en servirles.

Al fin oyóse en el corredor un ruido de pasos: era el camarero. Entra, pero ¡qué despacio! Lo arregla todo con una nimiedad insoportable y se excede en su cometido para sostener la reputación de la casa. Al cabo, satisfecho de su obra y de la simetría de los vasos, se inclina y desaparece... ¡Al fin, están solos!

Ella permanece sentada, y á algunos pasos, él, de pie, al otro lado de la mesa, la envuelve en una mirada victoriosa y ardiente.

Pero al buscar la mirada de ella, no la encuentra. Sus párpados, bajos, le ocultan los ojos que esperaba encontrar fijos en los suyos. ¿Dónde miran?

¡Oh! ¿Por qué después de tantas dilaciones y contrariedades, no encuentra aquella mirada; por qué no le solicita? ¿Por qué no le llama? En qué se fija tan ansiosamente? ¿Qué acarician aquellos ojos tan elocuentes, dotados de una mirada tan poderosa y brillante?

Están fijos en la vajilla de plata y acarician las lonchas de jamón tierno, los fritos, la merluza con mayonesa, los pollos asados, las gelatinas, el bisté y los helados de caprichosas y artísticas formas...

Ella no ha probado nada todavía... no lo probará, seguramente... Pero he aquí que, poniendo uno de sus dedos rosados sobre su boca encantadora, duda un instante, se consulta al parecer... Y agarrando positivamente su tenedor, ese horrible tenedor con que juega desde hace cinco minutos, trincha un alón de pollo y lo pone en su plato.

Después, ¿qué hace su mano izquierda?

¡Ah! ¡Un horror!

Se acerca á las fuentecillas de los entremeses, y una, dos, tres... seis ruedas de salchichón. ¡Todo el salchichón pasa á su plato!

Luego se pone á comer con la satisfacción de quien tiene hambre. El adorable amante se evapora.

A su alrededor, desaparece todo: sólo hay pollo y asado para ella. El amante representa entonces menos á sus ojos que un polve de sal al extremo del cuchillo, necesario para la condimentación del plato que come con delicia.

¡Después de haber esperado tanto, verse suplantado por cosas tan insignificantes!

¡Vale! menos que una raja de salchichón ó un rábano!

Ella, que no comprende estas sublimidades, ríe exquisitamente.

—¿No quieres comer, no te gusta ésto? —le dice—. ¡Está exquisito!

—Gracias; he almorzado ya.

—Pues es un almuerzo delicioso. Haces mal en despreciarlo.

Y sigue comiendo con fruición viandas que provocan su sed, y que cuando bebe la hacen hallar delicioso y sabrosísimo el vino.

Entonces, él la examina atentamente. Si: es verdad que ella es dichosa en aquel momento, y que es dichosa por él. Sus ojos, su expresión, su aspecto, el ruido que producen sus dientecllos blancos al mascar los manjares, todo revela su felicidad y el placer que experimenta.

¡Tal vez un fresco y pequeño rábano, se la entregue más rendido que todas las palabrotas vulgares del vocabulario del amor!...

Y, reducido, desarmado por aquella ingenua franqueza, por aquella copia tan real de la Naturaleza, piensa que en el fondo, somos los seres humanos bien poco artistas, y que no hay razón para realzar tanto la delicadeza de sentimientos humanos... ¿Cómo definir de un modo seguro lo que conviene á nuestra felicidad? Á cada minuto todo se renueva bajo el sol...

La Naturaleza es así, y así hay que tomarla...

Y mientras desliza al oído de su prosaica pareja frases tan dulces como el flan que halaga su paladar, piensa que, si el amor y, por tanto, la mujer que codiciamos dependen de un hilo, jamás debe uno estar completamente seguro de tener este hilo en la mano...

ALEJANDRO HEPP

ANTE TI

Ante tí, me planté sereno y triste, mirándote á los ojos fijamente, y al observar tu rostro indiferente, supuse, con razón, que no me viste...

Te hablé. Mi voz triunfal, que no atensalió del corazón tan mansamente, [diste, que, al observar tu rostro displicente, supuse, con razón, que no me viste...

Entonces te toqué. Seguiste quieta, sin rendirte al romántico poeta, que vibraba de amor y vehemencia...

DE BUEN CONFORMAR.



—Oye, maridito, ¿en dónde te gusta estar más: arriba, en el merendero, ó aquí abajo, en el jardín?

—Contigo, me gusta arriba y abajo.

¡Mujer sin corazón! ¡sin ilusiones!
¡Se adoran las serpientes, los leones,
por leyes naturales, por herencial!...

ANGEL G. LUGEA

DEL CERCADO AJENO

..... LOS GRANDES CUENTISTAS

Un nuevo record. Erase uno de nuestros más eminentes ciclistas, uno de esos hombres para quienes recorrer centenares de kilómetros con el duro triángulo de cuero entre las piernas, sin mirar lo que pasa á su alrededor, es casi una voluptuosidad. Hacía pocos años que estaba casado, y la luna de miel brillaba sobre ambos esposos en todo su esplendor. Quería ganar el premio de una carrera de ciclista que, á la sazón, se estaba organizando entre París y Pekín, y todos los días se entregaba á largos ensayos para dar agilidad á sus piernas.

Una mañana despertóse muy preocupado, y apenas saltó de la cama llamó á su mujer y le pidió su bicicleta de andar por casa, un juguete que había hecho construir de expreso para sus ensayos.

DEL SEGUNDO ABONO



—Es que cuando no tengo corrida estoy tristísimo.

—¿Pero aún quieres más corrida que yo?

—Se me ha ocurrido una gran idea —dijo—. Voy á ver si es posible pasarse todo el día sobre la bicicleta y cumplir en ella con todas las ocupaciones ordinarias. Nunca ensayé semejante cosa, y si triunfase mi proyecto, consideraría esto como un *tour de force* superior á cuanto se ha hecho hasta la fecha en este asunto.

Y sin hacer caso de las risas de su mujer y de la doncella, montó en la bicicleta y empezó á vestirse. Cuando estuvo á medio vestir, se dirigió al tocador y se lavó y peinó concienzudamente. Luego leyó los periódicos, abrió la correspondencia, escribió varias cartas. Así hasta la hora de almorzar, operación que realizó en bicicleta también.

La esposa estaba profundamente maravillada. La bicicleta no tenía secretos para aquel hombre, y de ello pudieron dar fe todos los vecinos de la casa, que acudían cada cuarto de hora á saber noticias de la carrera.

Después de almorzar, fumó un cigarro, leyó una novela y recibió varias visitas, siempre en su máquina. El día transcurrió como un sueño. La cena fué muy alegre. La esposa tocó después en el piano varias obras del repertorio clásico y moderno, y ya á media noche, el infatigable se dirigió con la bicicleta á la alcoba conyugal.

—Has vencido, amigo mío —dijole su mujer, asombrada y enternecida.

—Todavía no —contestó él abrazándola y diciéndole al oído dos ó tres palabras misteriosas.

—¡Cómo! —replicó la esposa echándose á reír—. ¿Te atreverías?...

—Sí —murmuró el marido—. Estoy seguro de que es posible.

Las mujeres poseen tesoros de indulgencia para las fantasías del hombre amado, y la esposa de nuestro ciclista se sometió á las de su conyuge, haciendo maravillas de paciencia y habilidad.

Y así sucedió que, al cabo de un rato de nuevo pedalear, exclamó el ciclista en tono triunfante, apeándose de la máquina:

—Soy el primero que ha batido este nuevo record.

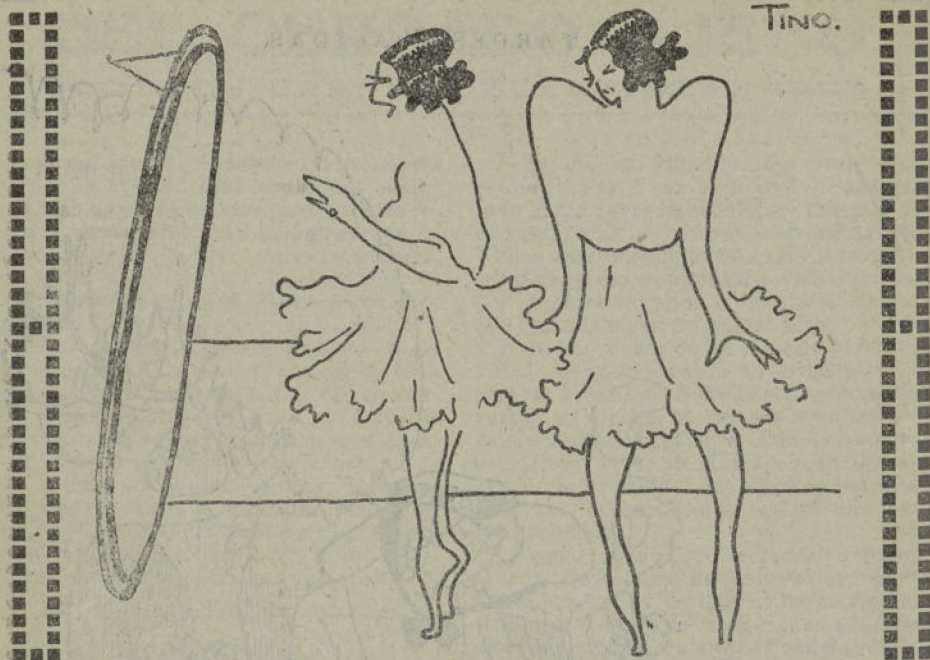
ALEJANDRO CAPUS

LAS TARDES PLACIDAS



—¡Vaya una tarde, muchachas! No se mueve una paja.

LAS ARTISTAS Y LAS SUBSISTENCIAS



—Mari, me da miedo debutar allí, porque hay unos pollos litris que se llenan los bolsillos de patatas, y cuando salen las artistas, se las tiran...

—Anda, pues mejor... ¡Con lo que me gustan á mí los pollos con patatas!

Dos naufragios.

Desde el balcón del hotel presenciaba Ester, casi todos los días, la penosa faena de dos pescadores, cuando, al morir bellamente la tarde, llegaban á la costa. Como pájaros que vuelven al nido, regresaban sucesivamente las lanchas, trayendo hinchada y al viento la blanca vela y navegando con lenta majestad.

La joven amenizaba de este modo sus plácidas melancolías veraniegas.

No echaba de menos la brillante vida de Madrid. Al contrario, se armonizaba muy con sus gustos aquel paréntesis rural del estío: la joven tenía el alma sutil, la inteligencia señadora, y gustaba con deleite las deliciosas amenidades del campo, bucólico ensueño de la vida.

Era su balcón un palco de gala. Desde su balaustrada de piedra divisábase el gran teatro del mar y el cielo, el más grandioso panorama que se ve desde el observatorio minúsculo de la tierra. Al amanecer,

cer, Ester, que se despertaba al alba, veía la paleta de colores del día, desde que la neblina de la noche iba rasgándose como un cendal de virginidad que se rompe, hasta que la gama del Iris, congestionándose, nimbaba el mundo con nubes purpúreas inflamadas por el sol.

Ester, entonces, sentía en su alma sutil el éxtasis refinado del artista; cogía la joven con sus manitas deliciosas de niña el catalejo de marfil, y exploraba desde su mecedora la lejanía. Veía con interés cómo se iban alejando los barcos, cómo, sobre el lienzo azul de las nubes, se desfiguraban las serpientes de humo que, caracolando, salían de las chimeneas de los vapores dibujando una serpentina en el éter.

Y suspiraba Ester con tristeza pensando en el dudoso porvenir de aquellos navegantes que se iban, para sentar el vuelo en otros nidos, quizá más dulces, quizá más tristes.

Y así pasaba Ester las horas doradas de su juventud, huérfana de amores grandes.

Hasta que una tarde, al morir el día bajo el decorado negro de una tormenta, se le llegó á interesar el alma: el hecho fué que una lancha de pesca zozobró al tomar la costa, y el pescador quedó —lo vió ella á través del luminar de roca de su catalejo—, quedó sin movimiento, á merced de la montaña rusa del oleaje, después de haber luchado largo tiempo bravamente con el mar.

Y vió cómo lo sacaron á tierra, inmóvil como un fardo.

Los marineros que le salvaron pidieron auxilio y hospedaje para el naufrago, precisamente en el hotel de Ester.

—¡Que pasen en seguida! ¡Que avisen á mi médico! —dijo.

Los marineros fueron marchándose, demostrando con entusiasmo su agradecimiento hacia la joven, hasta que ella, ya bien entrada la tranquila noche, quedó á solas con el vencido del mar.

El hombre estaba aún sin sentido, aunque ya la Ciencia le había salvado.

Ester apagó las luces de la elegante alcoba, reclinóse sobre la cama á los pies mismos del enfermo con la intención hermosa de velarle... pero la pobrecita, á su pesar, por cierto, se quedó dormida.

Mofoeo siempre gusta, predilectamente, de gozar la inocencia, que es el capítulo más selecto de la juventud.

II

Al día siguiente, el naufrago, que ya había pasado en absoluto el mal efecto del peligroso chapuzón, pudo marear por su pie hasta su lancha.

Y Ester salió aquella misma tarde para Madrid.

Iba llorando.

Al dejar la playa, la joven se volvió de espaldas y saludó con el pañuelo á un hombre que la miraba en silencio desde un falucho.

La joven se perdió de vista entre el caserío, camino ya de la estación del ferrocarril, y el marino se volvió hacia su legítima querida: la mar.

El se durmió aquella noche en su lancha sobre un montón de calabrotos de cáñamo.

Besando, como recuerdo, el escapulario del amor: una liga perfumada de mujer.

FRANCISCO DE LA ESCALERA

La risa del diablo.

No quería ir; habíase jurado Blanca que no. ¿Qué se pensaba el tonto? Aquello fué puro palique, charla jovial. Si que la esperaría Pepe, claro; pero que esperara hasta el día del juicio, y rabiando, y mordiéndose las uñas... No, las uñas, no; los bigotes, las puntas de los bigotes, tan rizadas, tan retorcidas, ¡tan... tontas! Si parecían estar diciendo: ¡mira qué carita más maja tiene mi amo! No; feo no era:

LA VIDA ES SUEÑO



—Nada, que no me encuentre la china. Y, sin embargo, estoy cierta de que no ha sido una ilusión mía...

LAS MUJERES DE SU CASA

TINO



—Ya ves, ésta gasta cinco ó seis pares de medias al mes. Y tú, ¿cuántos pares?
—Uno cada nueve meses: lo preciso.

tipo alto, figura arrogante, tez tostada, ojos relucientes y encendidos. No podía ella negar que le cautivaba verle, que le cautivaba su conversación. ¡Jesús con el hombre! Tenía su aquel, tenía su aquel: eso que llamamos ángel, para prendernos de la boca que habla, del mirar que aturde... para seducir. Pero no iría; estaba dicho.

Todo esto lo iba pensando Blanca Sánchez, ya al atardecer de un hermoso día primaveral, mientras subía pasito á paso la calle de Carretas, deteniéndose delante de los vidrios, más por perezoso y coquetón impulso, que con ánimos de ver telas ni joyas. Soltábanle piropeo tras piropeo muchos de los galancetes que transitaban por allí, y eran alabanzas justas. Gracio-

sa, esbelta, recogiendo la falda con sin igual donosura, el velillo sobre el rostro, terciada la sombrilla al brazo, tenía corte de inglesita y aire soberano de madrileña gentil. El busto dejaba entrever curvas tentadoras, líneas y perfiles de impecable delicadeza, como de barro escultórico, cifra de humana inspiración. El hoyuelo de la barbilla convidaba á besar.

Llegó hasta Correos y volvió grupas, y en la Puerta del Sol estuvo un instante perpleja, como si vacilara, no sabiendo si escoger tranvía que la condujera á éste ó al otro extremo, al barrio de Salamanca ó al de Argüelles. Por fin, saltó á la plataforma, y calle de Alcalá andando... Siguió el itinerario decidido previamente por su maldita é insana curiosidad.

—Pasaré un poco por el Retiro ó por el Prado. Lo que es allá, no llevo. Daré la vuelta por Santa Bárbara, y á casita.

Y sí que bajó donde dijo. Pero, como á remolque, sin darse cuenta, llegó á pie hasta la calle de Goya, cerca de la cual, y en un hotelito precioso, estábala esperando el travieso y calavera Pepe Morla, no con pecaminosa intención, sino con la muy santa de enseñarle unas figurinas de Tokio, que eran el pasmo de cuantos las vieron y excitaban el antojo de todo el mundo. En casa de los Gozalvos hablóle la noche anterior de aquellos caprichos orientales, y él le arrancó la promesa de que iría para elegir los que fuesen de su gusto.

Y fué por curiosidad, por mera curiosidad nada más, que no era ella mujer que se dejara conducir por otra cosa que no fuera un capricho inocente.

— Bueno, pues ya que estaba allí...

Entraría un momento... un momento no más, para decirle que era mujer honrada, muy honrada, y que sólo la curiosidad... el irresistible impulso de ver aquellos muñequines japoneses... Tanto, que no consentiría en llevarse uno, siquiera uno. Eso, bien pensado: convenceríase de que debía dejarla en paz, y no irle con asedios tontos, tonisimos, y, por supuesto, sin la esperanza más remota.

Detúvose un momento indecisa, y, al fin, entró, por no aparecer irresoluta y cobardona á sus propios ojos... Hecha la resolución y salvada la distancia, ¿á qué retroceder?

— ¡Jesús, qué tarde! — murmuró al verse en el vestíbulo, iluminado por la

luz opaca de una farola tunecina. — ¡Y qué loca soy! Pero ¿querrá usted creer que no me he dado cuenta hasta ahora de cuán imprudente resulta esta visita?

— ¡Blanca! ¡Cuánto tiempo he de estar agradeciéndosela! ¡Oh, no la olvidaré jamás!... Se lo juro.

Habíale cogido Pepe la mano para estrecharla, y la atraía dulce y suavemente hácia sí, profiriendo que era aquello cosa de inspiración, pues su museo tenía más encanto de noche, como producto de un arte misterioso.

Con las luces claras perdían gracia y belleza las figuras.

— Pues conste que sólo á verlas vengo, y que en viéndolas me voy... Y ello ha de ser de pie, sin pararme un minuto.

¿Que no, has dicho? Pues Pepe se las

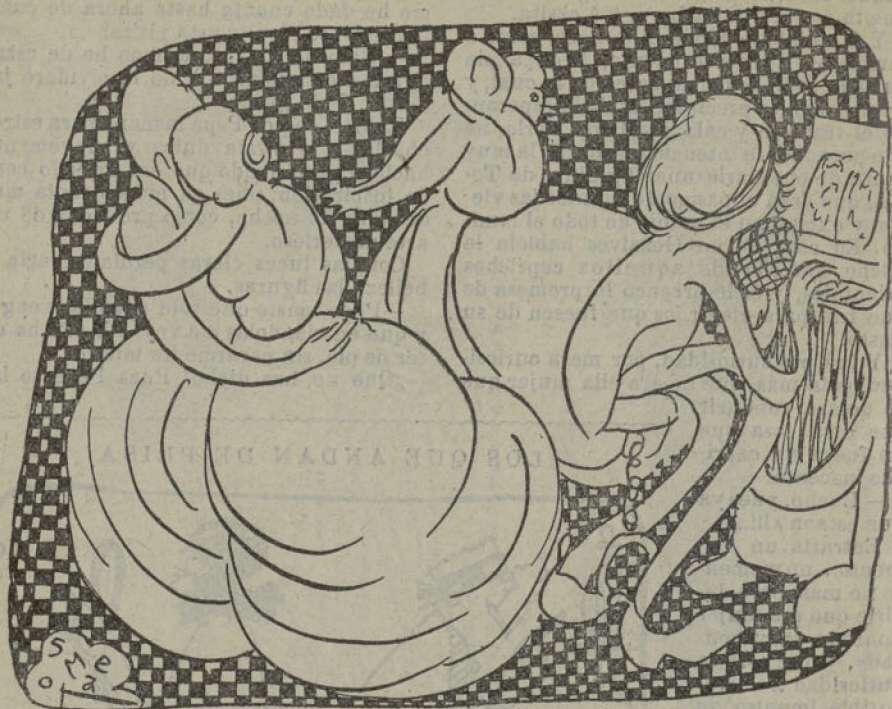
LOS QUE ANDAN DE PRISA



— Me voy al Circo. Dime si te vienes ó no, porque no dispongo más que de cuatro minutos.

— Chico, en tan poco tiempo no va á poder ser.

LA BOMBILLA EN CRISIS



Con otro año como éste, quiebran los merenderos de la Bombilla. Las mujeres se «hinchán» de bailar solas. Al contrario que antes, cuando se «hinchaban» de bailar acompañadas.

compuso de modo que entre ver, admirar y aplaudir los barros extravagantes y barrocas miniaturas, y recibir obsequios y más obsequios, no sólo se le fué minuto tras minuto á Blanca; sino que á la postre se sentó, como sugestionada por el pali que interminable, por la cháchara amena del galán.

—Ya se irá usted —respondía á las protestas, cada vez más débiles, de la dama—: es temprano; y luego no faltan excusas. En este Madrid, la tardanza tiene fácil acomodo: un tranvía que descarrila, una aglomeración que nos hace mudar de camino, son siempre buenos pretextos.

Hallábanse en un gabinetito muy lindo, muy cuco, en que abundaban los muebles perezosos, las telas y los colores que seducen el espíritu apasionado de la mujer.

Pepe, con galantería exquisita y encantadora, la obligó á tomar pastas, dulces y

golosinas fiambres, rociado todo con vino seco.

—Y ahora beberá usted esta copita de coñac.

—No, eso, no; me pondría mala.

—Es excelente, suave; *fine champagne* que entra sin sentir. Meloso, muy meloso, casi como la sonrisa de sus labios.

—Y traicionero como las palabras de usted.

—Me juzga bastante mal.

—Tal vez no me engaño.

Pepe cogió una silla y púsose á horcajadas en el asiento, pero tan cerca, tan cerca, que como tuviese la cabeza sobre los brazos, y los brazos sobre el respaldar, sentía la dama el aliento ardiente como ósculo apasionado á la altura de su tez. Por la entreabierta ventana colábase el airecillo sutil lleno de aromas penetrantes, y confundíendose con las esencias de que

estaban impregnadas las ropas, produciéndole angustioso mareo. Blanca seguía protestando de aquella visita imprudente, de aquel arresto imperdonable para toda mujer. Y repitió el imaginado discurso: por Dios, por Dios, que no fuera á interpretar torcidamente su conducta. Confianza en el caballero, pero no era ocioso advertirle que en toda ocasión, y más en la presente, hallábase decidida á defender su fama sin sombra, su arisca virtud.

Morla asentía sonriendo, y de paso acercando tanto el rostro, que sus labios rozaban casi las mejillas rojas como ascuas de la infeliz: besos tímidos palpitaban en la respiración del galán, y Blanca no sabía ni podía rechazarlos; pero cuando llegó en las afirmaciones al alegato de su honradez, Pepe Morla soltó una carcajada indescriptible de sátiro, de cínico: mezcla de burla y de ironía; risa lujuriosa, satánica, mordaz. Al propio tiempo, de abajo, del jardín, como remedándole, subió claramente perceptible el canto burlón del cucillo.

Blanca sintió una crispación horrible, y los nervios en tensión diéronle fuerzas suficientes para recobrar su albedrío.

Púsose de pie, y retrocedió con gesto espantado; serenóse con impulso poderoso de la voluntad, y alargando la mano á su huésped, exclamó resuelta:

—Lo dicho... es tarde; ¡adiós!

DE TAPADILLO



Ella.—¿Y crees tú que si tu amante se entera, es capaz de ponérsese por delante?

El.—No sería la primera vez...

¿Pero no se llevaba un barro de Tokio? ¿Una figulina? Blanca fué avanzando decididamente hacia el vestibulo, sin que Pepe encontrara palabras para contenerla.

Ya en la calle, respiró con fuerza Blanca; detuvo el primer coche voladero, y en casa pretextó una jaqueca y se retiró á su gabinete. De verdad, no se sentía bien: estaba desasosegada y nerviosa. Desnudóse, se metió en cama, y quedó con la vista fija en la techumbre, oyendo hablar á su pensamiento. De buena había escapado, porque ya se sentía débil, débil para resistir la seducción... ¡Y todo por la maldita curiosidad, demonio que domina á la mujer!... ¡Demonio! ¡Ah, demonio él con aquella risa espantosa! ¡qué risa! ¡y que gesto satánico, infernal, el de su caral! ¡Tuvo miedo, pánico, terror! ¡Qué risa!

Por el entreabierto ventanal subió clara y perceptible la estridente cantinela del cucillo, y Blanca, pálida y temblorosa, se tapó la cabeza con los cobertores, creyendo que acababa de resonar otra vez en sus oídos la risa del diablo.

J. F. LUJÁN

La última cita.

La noche descendió. La muy amada prende la antorcha que, cual faro, guía al dueño de su amor y su alegría á través de la noche encapotada.

Rápido, al ver la seña deseada, el fiel amante hacia la mar bravía se arroja sin temor, y su energía vence del temporal la furia airada.

Crece la tempestad; la llama intensa se extingue de repente en sombra densa, la alta torre dejando sumergida; y en tanto que el doncel pierde la vida, sin norte, envuelto por la mar inmensa, ella sueña con él... ¡está dormida!...

ARTURO FERNÁNDEZ PERALES

Agentes exclusivos en Sud América
MASIP Y COMPAÑÍA
RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España»

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

IMPRESA

DE

Ediciones España

Calle de Santa Isabel, 45.

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843.

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

HOMBRES

Faltos de energías, nerviosos musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, F6, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á Archivo. Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. = Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (Casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—Exportación, por mayo, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y correspondientes de España y América.